

HERMERO TECA PROVINCIAL

SOPHIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

Regimiento de
Infantería
Napoleón

n.º
24



PERIÓDICO DEL HOGAR DEL SOLDADO

Año I

--

ALMERIA 11 de Noviembre de 1945

--

Núm. 5

EN EL DÍA DE LOS CAIDOS

DE LO ETERNO

Sean estas líneas oración y recuerdo para los que, al dar su vida por Dios y por España, cimentaron el pilar más sólido en que descansa el más eterno de los valores; sean ofrenda y homenaje para aquellos que con su sangre hicieron germinar y fructificar la ubérrima cosecha que hoy a nosotros da la vida.

Hay algo que no muere, aunque a la muerte pertenezca; algo que está presente a pesar de morar en el pasado. Esto es, sin duda, una paradoja, pero en ella y por ella podemos decir que en el hombre el sentimiento de lo eterno y de lo santo vive y alienta con cálidas virtudes.

Al igual que en el triste cementerio crece el ciprés junto a las blancas tumbas y eleva al cielo su éxtasis de esmeralda pregonando eternidad sobre el polvo de la vida, en nuestro pensamiento crece un lírico rosal que perfuma y da luz a nuestro espíritu: es el rosal del recuerdo. Sólo él es grande y merece culto. Él es hijo de las almas fuertes, mientras que el olvido lo es de las mezquinas, pues mientras aquel siempre está latente éste permanece muerto, ya que al crearse se mata. Recordar es vida.

Por eso nosotros, ungidos con la verdad de nuestro credo, llevamos fragantes flores ante el ara del recuerdo en este día en que su silueta, mitad llorosa y mitad triunfal, se nos presenta más clara y más precisa. Mas, a pesar de que esta fecha pone en nuestra luminosa bandera crepones de luto, nosotros no asociamos la imagen de nuestro recuerdo a los fúnebres mármoles del cenotafio; sólo vemos en este día las palmas sagradas de los mártires y el santo laurel de los guerreros. Y es que, no obstante la tristeza que ayesora, es para nosotros esta fecha el cáliz risueño de una flor de eternidad. Flor,

porque ella lo fué de nuestro pensil más florido, y cáliz porque en él consagró España un culto imperecedero.

Queremos que esta fecha sea para nosotros de alegría sana. Alegría sintió el Padre al ver al Hijo muriente, porque en su muerte veía la redención y tras ella el cuadro triunfal de las resurrecciones, y alegría sentimos nosotros ya que por el sacrificio de unos y la abnegación de otros existe el acicate que ha de empujarnos hacia la eternidad por medio de las más santas emulaciones. La agonía del Gólgota fué un despertar a la Vida Suprema. En ella la muerte fué vencida.

Y ¿acaso mueren los héroes? ¿Acaso han dejado de estar con nosotros? No. Viven y con nosotros conviven. Están presentes y su esencia es más tangible que la misma forma que abandonaron para entrar en la gloria. Ellos forman parte de nuestro propio ser, y, por tanto, cuando a Dios rogamus por ellos y glorificamos su nombre por haberles deparado la ventura de ser sus mártires, por nosotros lo hacemos.

Y, para terminar estas palabras de recuerdo, repetiremos que este día ha de ser siempre un símbolo, porque su luz nunca se enturbió ni sus rosas han de dejar nunca de perfumarnos.

«Ad perpetuam rei memoriam».

Antonio de Campoy